

## ÁNGELA

**Roberto Muñoz Mateo**

Mi nombre es Ángela. Yo era una niña que vivía en una pequeña casa, sin apenas luz y agua corriente, en la provincia sureña china de Guizhou, una de las más pobres del país. Liam y Kumiko, mis padres, se dedican a la agricultura, al igual que la mayor parte de la población de este territorio. Muchas veces me planteé por qué mis padres me habían puesto un nombre occidental. Siempre ha sido una de las cosas que me ha rondado la cabeza. ¿Sería por qué soñaban que algún día lograría salir de nuestra provincia o, simplemente, por qué es un nombre bonito? Bueno, no me entretengo más y sigo contando mi historia.

Iban pasando los años y yo cada vez me hacía más mayor y me preguntaba si todos los niños del mundo vivían en mis mismas condiciones. Mi día a día se basaba en ayudar a mis padres en el campo, era una tarea muy dura, pero yo en esos momentos era feliz estando junto a ellos y pudiéndoles ayudar. En mi duodécimo cumpleaños, mis padres hicieron un gran esfuerzo económico, de verdad, no os podéis imaginar el esfuerzo que supuso para ellos. Me llevaron a pasar un fin de semana a Pekín, ¡era una ciudad fantástica! A medida que la iba descubriendo, me iba enamorando más: sus luces, sus tiendas, esa diversidad de gente... Allí me di cuenta que no todo el mundo vivía igual que nosotros y que el resto de niños iban a un lugar llamado colegio. Al principio, no sabía muy bien lo que era, pero mis padres me explicaron que allí te enseñaban muchas cosas, pero eso no era para gente como nosotros.

En ese mismo instante supe cuál era mi sueño: volver a Pekín e ir a un colegio a aprender infinitud de cosas; sin embargo, mis padres no podían hacer frente a esos gastos. No teníamos apenas para comer ni un plato casi al día y, tras nuestra breve excursión a la capital, todo empeoró. Mis padres habían gastado todo el dinero que teníamos en hacerme ese fantástico regalo. Me sentía en deuda con ellos, así que durante los siguientes meses trabajé como nadie para compensarles y les ayude en todo lo que pude y más.

Todos los días no paraba de pensar en volver a Pekín y cumplir mi sueño: estudiar, y así poder ayudar a mis padres y mejorar nuestra situación. En mis ratos libres iba a visitar a mi vecino, Fuhao. En su casa había infinitud de libros. Yo nunca había visto uno hasta que llegue a su casa, no sabía para qué eran, ni tampoco, esas extrañas y pequeñas cosas pintarrajeadas en las páginas. Él me explicó que eso eran letras y que un conjunto de letras formaban las palabras, y estas, las oraciones y todas juntas cuentan una historia, que muchas veces nos ayudaba a comprender mejor el mundo. Mi vecino, al ver el interés que yo sentía hacia los libros, me enseñó a leer y a escribir; no fue tarea fácil, ya que soy muy tosca para estas cosas, pero poco a poco lo fui consiguiendo. Siempre que tenía un momento me escapaba a su casa, y de este modo, al final, conseguí convertirme en una gran lectora.

Tras esta pequeña hazaña, yo me sentía con fuerzas y energías para conquistar el mundo, así que la noche de mi dieciocho cumpleaños me escapé de casa, sin apenas dinero, un poco de ropa en una vieja mochila y un poco de comida para mi viaje. ¡Por fin iba a lograr mi sueño de ir a Pekín a estudiar!

Me puse en marcha y emprendí un largo camino en busca de una vida mejor. Caminé durante horas esa gélida noche, sin embargo, yo me sentía más viva que nunca. Cuando llegué a la carretera más cercana busqué un coche desesperadamente para que me llevara a mi

destino. Tras horas y horas de intentarlo, me di cuenta que no iba a ser fácil.

Pasé la noche a la intemperie sin apenas refugiarme, pero la suerte me sonrió y, al amanecer, una vieja furgoneta de color rojo me paró. Eran dos hombres, uno bastante más mayor que el otro y no tenían muy buen aspecto. A pesar de todo, en esos momentos, solo estaba deseosa de llegar a mi destino, así que no lo dude y me subí. En cuanto me senté los dos hombres se giraron a mirarme y me preguntaron al unísono:

-¿A dónde vas tan sola?

A lo que yo respondí:

- A Pekín.

Ellos se rieron al instante, pero viajaban en la misma dirección, lo que supuso una gran alegría para mí.

Pronto me di cuenta que montarme en aquella furgoneta había sido una mala idea.

Cuando les dije que tenía que parar a mear cerraron de repente los pestillos y aceleraron.

Uno de ellos con una gran sonrisa me dijo: “Pronto llegarás a tu destino, no te preocupes”.

En esos momentos sentí una terrible angustia- ¿Qué quería decir eso? ¿Me iban a llevar de verdad a Pekín o era todo un engaño?- Tras un largo viaje pronto encontré todas las respuestas a mis preguntas. Llegamos a una ciudad y aparcaron enfrente de un bar que no tenía muy buen aspecto. Ellos se giraron y me dijeron: “Ya puedes bajar a mear”. No sabía muy bien qué hacer, sin embargo, los seguí, entre en

el bar y fui al lavabo. Allí, en el lavabo, había una ventana, por la que intenté huir.

Estaba tapiada.

“¿Qué era este sitio? ¿Dónde estaba?” me pregunté. Así pues, tuve que salir por donde había entrado. Al salir me encontré a algunos de los hombres que me habían traído hasta aquí y a tres más.

Susurraban sobre mí y me miraban todos con caras muy extrañas. De repente entró uno más y yo no sabía que ese hombre iba a ser la peor de todas mis pesadillas. Se llamaba Rufus, era un hombre muy alto que vestía siempre con un traje negro y pajarita roja, siempre iba impecable.

Nada más entrar Rufus, el resto de hombres se callaron y lo miraron fijamente. Él me miró y tras varios segundos en silencio profundo de abrieron sus labios y dijo: “Es perfecta”.

Yo no sabía qué significaba que era perfecta, pero me daba la impresión que no iba a ser bueno lo que me esperaba. Tras estas palabras dichas por Rufus, otro hombre se acercó a mí y me dijo: “No te preocupes, no te va a pasar nada, sígueme”. Me llevó por un pasillo al cual se accedía abriendo un espejo colgado en la pared. A lo largo de todo este pasillo había infinidad de puertas, cada una de ellas con un número. Llegamos al número 54, se detuvo, abrió la puerta y de un empujón me metió dentro de esta habitación. Cerró la puerta con llave, y yo solo podía gritar y preguntar que qué pasaba. Entonces me giré y vi a infinidad de chicas medio desnudas, todas ellas me estaban mirando, pero solo una de ellas se acercó a mí. Ella me susurró:

- No hay escapatoria. Será mejor que aceptes este destino.

Ingenua de mí, le pregunté:

- ¿Qué destino?

Ella me contestó al instante: “Pronto lo descubrirás y más vale que hagas bien tu trabajo o acabarás muy mal aquí”.

Me senté en un rincón sola y rompí a llorar. No hacía más que darle vueltas y vueltas a la cabeza, pero tras ver a todas esas mujeres semidesnudas paseándose por la habitación, pronto me di cuenta de que me iban a prostituir, y así fue. En cuanto dieron las nueve de la noche otra joven se acercó a mí y me invito a ir con ella. “Te voy a preparar para esta noche”, me dijo. Mientras me arreglaba, yo solo podía llorar. Ella me contaba que todas habían pasado por lo mismo y que ninguna hacía esto por su propia decisión, sino que también las trajeron en contra de su voluntad.

Dieron las once y todas estaban preparadas, al igual que yo, me habían maquillado peinado y me habían vestido con un picardías morado.

De repente se abrieron las puertas y vino de nuevo el hombre que me había traído hasta esta habitación al grito de: “¡Vamos, chicas, todas fuera!”.

Salimos todas por el largo pasillo hasta llegar a la puerta del espejo, la abrimos, y salimos de nuevo al bar. Poco a poco iban entrando más y más hombres y estos desaparecían con las chicas tras la puerta de espejo. Un joven de buena apariencia se acercó a mí y me invitó amablemente a disfrutar de su compañía, yo atemorizada fui con él. Llegamos hasta una habitación y sin darme cuenta me encontraba semidesnuda tirada en la cama. Cuando él recorría todo mi cuerpo, yo no podía parar de pensar en miles y miles de cosas, mientras las lágrimas bañaban mi rostro. Tras veinte minutos, toda esa pesadilla acabó, el joven se marchó al lavabo, dejando allí toda su ropa, y yo me quedé en la habitación. No quería salir, no quería volver a repetir toda esta situación y solo me quedaba una opción: huir. Me

puse a pensar cómo hacerlo y, tras un rato encontré la solución: coger la ropa del joven e intentar salir por la puerta como si fuera un hombre. Me vestí a toda prisa con su ropa y salí rápidamente por el pasillo. Al llegar al bar mis nervios aumentaban, pero lo crucé sin ningún problema. Llegué a la puerta, la abrí y me eché a correr como jamás había corrido en mi vida.

¡No me lo podía creer, había salido de ese infierno! Sin dudarlo un momento, me dirigí a la comisaría de policía más cercana y decidí denunciar la situación que estaban viviendo estas mujeres. Numerosas patrullas policiales se dirigieron al local, en unos segundos todas esas mujeres iban poder volver a sus casas y todo habría acabado para ellas. Así fue, todo salió a la perfección.

Ya han pasado más de diez años desde entonces, y ahora me doy cuenta de lo valiente que fui. Actualmente trabajo en una ONG que lucha por los derechos de las mujeres y de los niños más desfavorecidos. Pude estudiar en Pekín gracias a diversas ayudas que me concedió el Estado. Nunca antes había contado esto a nadie y mucho menos a mis padres, ya que opté por ocultar mi sufrimiento. Es ahora cuando me doy cuenta de que es necesario contarle porque, por desgracia, estas situaciones aún siguen presentes en nuestros días. Por eso a través de mi historia os invito a todos cambiar esta desgraciada situación. ¡Juntos podemos! ¡Luchad por vuestros sueños, por muy duro que sea el camino!